

Horas españolas

JULIO ALMEIDA*

En su biografía de Carriego (1930), Borges habla de un doctor español, amigo del mismo, “que parecía llevar consigo el tiempo ocioso y generoso de España (el ancho tiempo musulmán que engendró el Libro de las Mil y Una Noches) y que se demoraba hasta el alba”. ¿Qué significa esto? Borges, que había pasado cinco años en Suiza haciendo el bachillerato, estuvo en España entre 1919 y 1921, antes de volver a su Buenos Aires natal. Vivió en Sevilla, en Mallorca y en Madrid. En Sevilla no vio nada de particular, excepto un generoso estilo de vida oral. No hay que insistir en la facundia teatral incomparable de los sevillanos.

Pero de la vida sevillana de los años veinte conservamos ese precioso documento de Luis Bello, los cuatro tomos de su Viaje por las escuelas de España. A Bello le interesan las escuelas, las que hay, pero también observa cuanto las rodea, muy principalmente las condiciones de vida de los niños. Al llegar a la capital andaluza, el castellano del 98 escribe con ironía: “Como Sevilla es única en el mundo, sus costumbres escolares también lo son. Los chicos sólo van una vez a clase: una sola sesión cada día. Entran a las once y media, tanto en octubre como en junio, en invierno como en verano... Y ya no salen hasta las cuatro y media.” ¿Se imagina?

* Catedrático E.U. de Sociología. Universidad de Córdoba.

Ponerse a trabajar justo cuando el sol alcanza el cenit: el horario peor es para la escuela.

Va inquiriendo el gran viajero. (En el cariñoso prólogo que su coetáneo Azorín escribió para el tomo del Viaje por las escuelas de Extremadura, en 1927, lo llama un misionero.) Pregunta, averigua que algunos niños han desayunado y consigna lo que nos interesa:

“Trasnochan casi todos. ¡Las habitaciones son tan pequeñas! ¡El cielo es tan benigno! ¡Quisiéramos saber lo que harían ustedes si vivieran tan apretados! ¡Hay nada como echarse a la calle?” Son razones curiosas que oímos todavía. Porque podían desapretarse; pero salen a la calle para seguir juntos, como si la soledad fuera la bicha, y leer libros es un riesgo que corren pocos en el sur. Algunos estudiantes míos afirman sin empacho que leer no es vivir.

Luis Bello lo ve todo: “Los maestros se quejan de que los niños se acuestan demasiado tarde. Al día siguiente vienen cerca del mediodía, sin acabarse de despertar —Anoche era más de la una... El ‘cine’ se acabó muy tarde—. Porque eso sí; los chicos no comerán bien, pero nunca les falta una perra gorda para el ‘cine’.” Este artículo se publicó en *El Sol* el 7 de marzo de 1928, cuando cine aún se escribía entre comillas y el cinematógrafo aprendía a hablar.

Viviendas diminutas, cine hasta la madrugada, casa-dormitorio: todo esto ¿es pasado o presente? Si toda historia es contemporánea, como asegura Benedetto Croce, aquí lo vemos. Pero sigamos investigando. En 1494 Jerónimo Münzer, médico alemán, hizo un viaje por la península Ibérica y nos dejó su *Viaje por España y Portugal* con noticias memorables. En Granada las calles son tan estrechas que las casas se tocan por la parte alta y un asno no puede dejar pasar a otro. De

esto sabemos en los viejos cascos históricos de ciudades como Granada y Córdoba, ciudades difícilmente transitables, porque nosotros hemos agravado sus estrechuras elevando volúmenes irresponsablemente. “Las casas de los sarracenos son en su mayoría tan reducidas —con pequeñas habitaciones, sucias en el exterior, muy limpias interiormente—, que apenas es creíble.” ¿No nos suena esto? El centroeuropeo no entiende nuestra limpieza privada, nuestra suciedad pública. Y anota estupefacto: “En tierra de cristianos, una casa ocupa más espacio que cuatro o cinco casas de sarracenos. Por dentro son tan intrincadas y revueltas, que las creerías nidos de golondrinas.” ¿Pretérito perfecto o presente de indicativo? Cuando ahora se caen edificios en Madrid, algunos arquitectos avisan que los forjados y estructuras de la construcción originaria no se pensaron para los usos actuales, pues de un piso de cien metros cuadrados hacemos cinco apartamentos, cada uno con su cocina y sus electrodomésticos. Para después vivir en el exilio del hogar, evidentemente.

Como se recordará, para Weber el político que posea cierto patrimonio está menos expuesto a caer en la tentación de meter la mano en los fondos públicos que maneja. Análogamente, quien se aloja en un hogar minúsculo ¿no se hallará más obligado a vivir fuera del mismo? Los bares no florecen por casualidad: son desde luego la sala de estar de los pisitos adyacentes y su uso me parece inversamente proporcional a la superficie y comodidad de las viviendas de los clientes. El carácter nacional —el carácter de cada uno de los nacionales— es menos natural que adquirido; se elabora con cuidado o al desgaire en el hogar imposible y en la movida constante, y los resultados están a la vista de quien quiera mirar. Nuestros colegios electorales abren a las nueve de la mañana, pero en Italia a las 6:30, y un minuto después,

el 13 de mayo, votaba el presidente de la Fiat. Sin embargo en España, ahora, ¿no está arbitrando la gente que cenar temprano y retirarse pronto por la noche para madrugar, es desdorado? ¿No define un chiste bufo que un negocio que no permita levantarse a las once no es un buen negocio? A los extranjeros les exasperan nuestras horas diferidas y, cuando comprenden, les divierte el prestigio que les atribuimos.

La historia nunca pasa del todo, y si hasta los biólogos desconfían ya de la violencia genética (que requiere caldos de cultivo, precisan), sospechamos nosotros que ese tiempo musulmán que vivió Borges, esas costumbres nocturnas que advirtió Bello, los nidos de golondrinas que vio Münzer, sospechamos que todo eso vige ahora en convivencia con razones poderosas, y si nuestros pisitos de dormir pudieran tener que ver con la morería, se deben hoy también a los altos precios del suelo, que la Administración recalifica usando el decímetro como unidad de medida. ¿Cómo puede ser caro el precio de un bien que abunda?

Los años 50, 60 y 70, la hora escolar sonaba a las diez de la mañana, luego a las 9:30, hoy la Consejería de Educación de Sevilla ordena que los colegios públicos abran a las nueve, y así en otras comunidades autónomas. Despacio y buena letra. Y cuando por aquel entonces cientos de miles de españoles emigraron a países centroeuropeos, consideraban que su labor de 7 a 15, de lunes a viernes, era como de media jornada. Los pobres no sabían qué hacer con tanto tiempo junto que les caía del cielo. En mi opinión, muchos españoles no entienden todavía lo de arrimar el trabajo al alba (como se arrima un mueble a la pared) para vacar a algún menester personal y aprovechar el tiempo; prefieren ocupar estratégicamente el centro de la jornada para destrozar el día yendo y

viniendo y reservarse para la noche, como los musulmanes.

Post scriptum cum grano salis. Los geólogos nos dicen que hace 130 millones de años las placas norteamericana, africana y europea estaban unidas con la península Ibérica en el centro: era el todo llamado Pangea. La placa norteamericana empezó a separarse, la africana y la europea a comprimirse, se abrió el mar Cantábrico y nuestra querida península giró en sentido antihorario, chocando con Europa por los Pirineos. Estos movimientos telúricos, que más parecen historia y sociología que ciencia de la Tierra, ¿podrán dar alguna razón de las extrañas horas españolas?

ENSEÑANZA INVERTEBRADA

(notas pendientes)

Cuchillo y tenedor

Usado desde el remoto Paleolítico, el cuchillo se fue viendo con inquietud en el proceso de civilización —como demostró Norbert Elias— porque recordaba a los hombres su antiguo, posible manejo criminal. En 1859 un manual inglés de buenos modales, *The Habits of Good Society*, da una regla que hoy vige con pleno sentido: “Todo lo que puedas cortar sin el cuchillo, córtalo con el tenedor”. Aduce Elias el ejemplo de China, donde hace siglos que desapareció el cuchillo de la mesa; para los chinos, los europeos somos bárbaros que comemos con espadas. Y el tenedor, desconocido en la Antigüedad, se usa desde fines de la baja Edad Media.

Los cirujanos sanan con el bisturí. Pero esos terroristas enloquecidos asesinaron con premeditación y espectacularidad, recordándonos que cuchillos y tenedores sirven también para intimidar con fines

criminales, aunque en uno de los aviones no les valió del todo. Habremos de conformarnos con la redonda cuchara y con los dedos.

Las torres de Manhattan

Eran dones agradecidos por Borges en sus poemas: “Por las altas torres de San Francisco y de la isla de Manhattan”. Las torres eran gratas, aunque no seamos neoyorquinos ni americanos, aunque (como yo) uno no haya pisado los Estados Unidos. Basta ser occidental para sentir las como propias; basta ser medianamente humano para reconocer tantas cosas bellas —incluida la prosa borgeana— que hay en el universo mundo. Ya ha llegado la hora, postulada por Madariaga, de que no pocos españoles podemos decir nuestra catedral de Chartres, como cualquier lector podrá disfrutar con Cervantes o con Tagore.

El mundo está lleno de dones queribles, y no solo mi pueblo. Pero la estupidez o la maldad prefieren destruirlos (“la maldad y la estupidez, sinonimia maravillosa”, escribe en La Prensa de Buenos Aires en 1926, comentando unos cuentos del Turquestán). Si unos desalmados sienten envidia por los valores de Occidente; o si la pereza les impide poner manos a la tarea cotidiana, más les valdría suicidarse solos.

Enseñanza invertida

Muchos atribuyen, de buena o mala fe, los males educativos que nos afligen a la vigente Logse, cuyo espíritu lúdico hace promocionar aun a los poco o nada dispuestos para el estudio. En mi opinión, nuestra enseñanza se halla invertida por dos razones heterogéneas que se ignoran con pertinacia: primero, el calendario no basta. En los

institutos se están dando 160 días de clase al año (en la enseñanza primaria algo más de 170), cuando por el mundo adelante el curso se vertebra en torno a los 200 días lectivos —ambos niveles de consuno—. Y la otra razón, ya verdadero factor de riesgo, es la brillante ausencia de director/a profesional en colegios e institutos.

Si nosotros contamos las vacaciones de verano por meses y ellos por semanas; y si ellos tienen una dirección estable, mientras aquí es mudadiza e insegura, ¿a qué sorprenderse de la indisciplina creciente? Hay más cosas, dice Hamlet; pero estas condiciones desperejadas podrían ser las principales.

Proeza convenida

A lo largo de milenios de civilización, se ha distinguido entre la noche y el día; hasta apenas ayer, la tiniebla y la luz eran dos mundos contrapuestos. Léase, por ejemplo, el capítulo 17 del libro de la Sabiduría, último del Antiguo Testamento. A fines del terrible septiembre, el Papa y el Katholikós de los Armenios pedían que se supiera “elegir entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, la humanidad y lo inhumano, la verdad y la falsedad”.

Pero ahora, en España, una fuerte presión social obliga a trasnochar, y muchos se jactan de llegar hasta las tantas, incluso declaran con entusiasmo la proeza convenida de que cerraron los bares. No dicen a qué hora se ponen en pie por la mañana, probablemente cerca del mediodía, y callan la siesta, prolongada para llegar en forma a la hora clave de prima noche. ¡Valiente proeza! A diferencia de los usos actuales, Unamuno dormía nueve horas, para estar bien despierto el día entero.

Elite y gente

Que los niveles de los estudiantes bajen año tras año, sobre todo una gran parte, puede ser obvio. Menos clara parece la consabida atribución causal —aquí la Logse—, porque una ley no decide tanto como se supone. Con el mismo código de circulación se conducen distintamente franceses y argentinos, alemanes y españoles, catalanes y andaluces. En 1968 estudiábamos en las universidades españolas el 5 por ciento de la cohorte o quinta correspondiente: todavía cuatro gatos. Hoy se matricula una infinidad de hijos acomodados de ricos nuevos, muchos sin vocación o rebotados por azares académicos. ¿Es legítimo comparar a esta gente numerosa y señorita con aquella elite selecta y necesitada? Pero aquella elite tampoco era tan áurea como nuestra memoria quiere pintarla, y un fondo de analfabetismo estricto hacía brillar a quien meramente supiera leer y escribir.

Una lección de Licurgo

Hace tres mil años, cuando la Edad del Bronce daba paso a la del Hierro y Grecia iba a ser clásica, Licurgo mostró que dos perros hermanos se portaban de diferente modo, según hubieran sido adiestrados, y, hambrientos ante dos opciones, uno comía del plato y el otro corría tras una liebre y la cazaba. Lo cuenta Plutarco en su opúsculo Sobre la educación de los hijos.

¿No vemos hoy a muchos jóvenes comiendo del plato de sus padres y a otros luchando como hombres y mujeres por su vida? Aquí en España, de un tiempo a esta parte, nuevos ricos numerosos entrenan a sus hijos en una comodidad irresponsable, los superprotegen

hasta la náusea, y, frecuentemente ido el progenitor (que se pluriemplea y se pasa media vida en el bar), la madre se conchaba con su progenie dando un espectáculo indecoroso. En la proporción que fuere, aquí y ahora, ¿no tiene razón el mítico legislador de los lacedemonios?

Sabores entreverados

En busca de clientes, de telespectadores que se aburren con ofertas poco interesantes, las cadenas de televisión interrumpen las emisiones cada rato para aturdirnos con anuncios o cosas que vendrán. Como nosotros también zapeamos huyendo de tanta chabacanería junta, la tele resulta un gazpacho indigesto cuyo sabor, con frecuencia, nos nubla el corazón y nos obliga a apagar el aparato. Pero los sabores no pueden mezclarse de ese modo ni nadie está capacitado para digerir noticias tan confusa y profusamente servidas.

Por lo demás, ya previene el maestro Correas: “Comer de montón, sin cuenta y sin razón”. Y Azorín, hablando sobre el estilo, aconseja: “Colocad una cosa después de otra. Nada más; esto es todo.” Los directivos de nuestras televisiones podrían aprender y aderezar platos diferenciados y sucesivos, en lugar de entreverar esa papilla para niños chicos y oficialmente memos.

Tiempo perdido (I)

En la escuela alemana, hoy, a las 12:00 la jornada escolar va de vencida. Y en la Roma antigua el mediodía era para muchos el término de la ejecución de los negocios de interés público, leemos en las Cuestiones romanas de Plutarco. “Una prueba importante de esto es el hecho de que ningún oficial

romano hace tratados ni acuerdos después del mediodía”.

Antiguamente se madrugaba, en efecto; gran madrugador era don Quijote; Cruz y Fierro pasaron la frontera una madrugada clara. En el mundo actual el horario continuo se impone para dejar tiempo libre junto por la tarde; pero en España, a la inversa de unos y de otros, no queremos empezar al alba y, lo que es peor, descansamos largamente a mediodía para partir la jornada de verdad. No, el tiempo no es oro para nosotros; lo usamos como plata o hierro.

Tiempo perdido (y II)

En uno de sus chispeantes artículos, Julio Camba se refiere al pasar a un embajador francés que se presentó con puntualidad británica. Los nazis, como se sabe, distinguieron entre física alemana y física judía, y Einstein tuvo que fugarse antes de que lo atraparan. Pronto se hablará de piedad búlgara o de soberbia tibetana. Con particularismo bufo, en estos lares pretenden algunos que hay un horario español porque sí, un horario que consiste en perder el tiempo que Dios nos ha dado, en diferirlo y fragmentar la jornada interminablemente.

En carta de 15.10.1949, Ortega quiere invitar a Curtius al Instituto de Humanidades (que ha fundado con Julián Marías) “para que pase una temporada en España, con mínimo trabajo, enseñándonos, no obstante, muchas cosas que no sabemos, y aprender Vd., por su parte, lo único que sabemos a fondo: perder con gracia el tiempo”. ¡Si por lo menos conserváramos la gracia!

Cabecitas exorables

Lo que no suele hacerse por el mundo civilizado —dejar que los subordinados elijan

director escolar— se (des)ordena desde arriba en la península Ibérica, con lo que los centros de enseñanza pública adolecen de cabecitas exorables, de directores cuya debilidad intrínseca hace germinar la indisciplina juvenil. Hablando de la violencia más completa, de la barbarie que se apoderó de Alemania tras la caída de los Hohenstaufen, Hegel dice en sus Lecciones sobre la filosofía de la historia universal que era máxima de los príncipes electores elegir por emperadores a hombres débiles.

Ya el severo Marco Porcio Catón (234-149 a.C.) consideraba que es preciso elegir para censor no al más agradable, sino al más inexorable. ¿Aprenderemos? Porque nuestro sistema de directores en funciones no funciona, evidentemente.

Paideía

La paideía griega surgió hace unos tres mil años para educar al hombre, para sacarlo de su estado de naturaleza; léase la obra de Jaeger. Pero nuestros canales de televisión parecen competir en un paradójico certamen y se diría que priva la vulgaridad. Einstein pensó que el 30.1.1933 representaba en Alemania “un pateo de lo más fino por parte de lo más bruto”. Luego pasó todo aquello. Ahora en tiempo de paz, asomándose a la pantalla, ¿no se tiene la impresión de que ese medio, invirtiendo la venerable paideía, da cancha a la gente más vulgar, que se ha adueñado del mismo? Sin guerras ni elecciones, ¿no parece que la chabacanería ha triunfado en toda la línea visible? Ortega quería el tirón hacia arriba; el filósofo tiró de españoles e hispanoamericanos hacia arriba y sin duda lo consiguió, pero ¿hasta qué punto?

Toque de queda

De las Islas Canarias viene la idea de prohibir a los menores de dieciséis años que anden por la calle después de las once de la noche, pues mal pueden trasnochar niños que han de ir temprano a la escuela. Pero más que prohibir a secas, ¿no habría que convencer a los interesados y a todo el mundo de que la medida es tan saludable como lícita? La mera prohibición invita a ser infringida.

Fue taxativo Erasmo en su opúsculo *De la urbanidad en las maneras de los niños* (1530), uno de esos libros que civilizaron a los europeos en el XVI: “Odan a sus hijos aquellos que, siendo todavía tiernos, al prolongarse las cenas hasta muy entrada la noche, les permiten quedarse allí sentados de cabo a rabo”. En 1789 William Blake canta en sus *Cantos de inocencia* la canción que ha resonado desde tiempo inmemorial hasta ayer mismo: “Venid a casa, mis niños, el sol se ha puesto”. Son palabras del aya, pero los niños replican: “No, no, déjanos jugar, pues aún es de día”. ¿Eran otros tiempos o hemos cambiado nosotros las horas de vivir, hasta el punto de que algunos niños van a la escuela muertos de sueño?